

Neoliberalismo y Exclusión Social en América Latina

Edel Cadena Vargas

Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Planeación Territorial de la
Universidad Autónoma del Estado de México

*Porque a cualquiera que tuviere, le será dado,
y tendrá más; y al que no tuviere, aún lo que
tiene le será quitado.*

Mateo 25:29

1. Introducción

Cada vez con mayor frecuencia presenciamos el enfrentamiento entre —según les denomina ahora la prensa mexicana— globalifílicos y globalifóbicos. Los primeros se afanan en promover una serie de políticas, a las que comúnmente se les denomina neoliberales, y los segundos buscan demostrar que esa forma de organización es indeseable, y por tanto debe ser eliminada.

Sin embargo, el común denominador de ambos bandos es una argumentación endeble, que no está basada en evidencia empírica convincente. Por el contrario, lo que encontramos son discursos inconsistentes, formulados en un oscuro lenguaje tecnocrático por un lado, y una apasionada argumentación apoyada más en anécdotas que en el rigor analítico por el otro.

Pero, al margen de ambos, la realidad sigue su curso.

Conforme pasan los años, el neoliberalismo se afianza como política económica en la mayor parte del orbe, incluidos los países que siguen siendo socialistas, y comienza a erigirse en una verdadera cultura que arrasa con ideologías políticas, sentidos comunitarios, creencias religiosas, y el humanismo todo.

Ganancia, rentabilidad y competencia, por ello, se han erigido conceptos clave de esta frenética modernidad de fines del siglo XX e inicios del XXI. La gran consigna de los vencedores es que economía, política, ciencia, sociedad y cultura deben obligadamente instituirse a imagen y semejanza de la economía de mercado, haciendo de lado toda legalidad o tradición que lo impida.

Pero en este afán, insoslayablemente, en la mayor parte del mundo la pobreza, desempleo y concentración del ingreso, aumentan. La inseguridad, narcotráfico, violencia y delincuencia organizada, crecen. Los servicios de salud, educación, bienestar social y recreación, se deterioran. La economía informal, comercio ambulante y apropiación de los espacios públicos, proliferan. Las subvenciones a los pobres desaparecen. Los subsidios a los ricos, florecen. Los tribunales, al mejor postor se venden. Las leyes, al más fuerte favorecen. Y los gobiernos, de los más débiles se olvidan.

Así, el objetivo de este trabajo es analizar el impacto de las políticas neoliberales en América Latina, en particular su repercusión en la desigualdad social. Para lograrlo revisará estadísticamente los indicadores estándar que nos permiten evaluar dicho impacto, y reflexionará acerca de las posibles razones de la implantación del modelo, así como sus perspectivas a futuro.

El Impacto macroeconómico

Según el modelo neoliberal, al reducir los controles gubernamentales, liberar aranceles y racionalizar los procesos productivos —dando con ello lugar al *ajuste estructural*— habría necesariamente un aumento sustancial de la producción. Sin embargo, al medir el Producto Nacional Bruto de América Latina, lo que destaca es que su incremento promedio anual durante el periodo populista fue de 5.2% anual, mientras que con la aplicación del neoliberalismo se desplomó a poco más de la mitad, 2.8% anual.

Fenómeno análogo sucede con la participación en el PNB de Latinoamérica en el total mundial, ya que durante el periodo del Estado de Bienestar dicha participación aumentó 0.5 puntos porcentuales, y en el neoliberalismo decayó -0.7 puntos. Por su parte el crecimiento real del PNB latinoamericano entre ambos periodos pasó de 3.2 a 0.4% de incremento promedio anual.

En relación al PNB per cápita, durante el *Welfare State* aumentó 53.5% mientras que en el periodo de la economía de mercado aumento solamente 28.3%. En relación a la industria, durante la época neoliberal el valor agregado en la industria se desplomó -7.20 puntos del PNB.

La formación bruta de capital, por su parte —que debió aumentar sustancialmente— apenas creció a un ritmo de 1.1% promedio anual durante el neoliberalismo, y redujo su importancia mundial en -2.02 puntos porcentuales. A su vez, en relación a la participación de la formación bruta de capital en el PNB, en el periodo populista aumentó 3.7% del PNB, mientras que en el neoliberalismo se redujo -4.0 puntos. Igual tendencia contraccionista hay en el consumo de capital fijo respecto del PNB, ya que durante la cataláctica sólo aumentó 1.4 puntos porcentuales dicha relación.

En cambio, tal y como lo preveía el modelo neoliberal, hubo durante este periodo un crecimiento sustancial de las exportaciones, en tanto durante el periodo populista crecieron a un ritmo promedio anual de 5.4% anual, mientras que en la economía de mercado aumentaron al 6.8% promedio anual. A su vez, respecto del total mundial de exportaciones, en el primer periodo descendió -1.28 puntos porcentuales, mientras que en el segundo aumentó 0.9 puntos.

Ello también se reflejó en un aumento de la participación de las exportaciones en el PNB, ya que durante el lapso 1960-1974 aumentó 1.2 puntos del PNB, mientras que en el lapso 1980-2000 lo hizo 4.1 puntos

En contraste, las importaciones crecieron a un ritmo promedio anual de 6.9% durante el Estado Interventor, y a 4.9% promedio anual durante las políticas de ajuste estructural. En ambos casos ello reflejó un descenso en la participación en el total mundial de las importaciones de -0.5 y -0.2 puntos porcentuales entre el populismo y el neoliberalismo. De igual forma, este impulso a la exportación generó saldos superavitarios entre ambos

periodos, al pasar de -28.6 a 27.1 mil de millones de dólares en favor de las exportaciones.

El gasto en consumo final del conjunto del subcontinente, por su parte, pasó de -1.30 a 4.70 puntos del PNB entre un modelo económico y otro. Sin embargo, su distribución fue desigual, en tanto que el gasto en consumo final del gobierno creció a un ritmo de 4.9% promedio anual en el populismo y 2.3% durante el neoliberalismo. El gasto en consumo final doméstico per cápita, en cambio, creció 53.2% en el primer lapso, y solo 13.7% en el segundo.

La inflación —punto nodal de la emergencia de las políticas de ajuste estructural— tampoco funcionó de acuerdo a sus previsiones, ya que en Latinoamérica el índice de precios al consumidor pasó de 100 a 188.0 en el Estado Interventor, y de 100 a 3,185.5 durante la economía de mercado.

La disminución de la deuda externa —otra de las promesas del neoliberalismo— tampoco se ha concretado, ya que, tan solo de 1980 a 2000 la cantidad adeudada pasó de 257.2 a 774.4 miles de millones de dólares. Por ello, deuda externa per cápita, en ese mismo lapso, subió de 498.7 a 1,501.6 dólares

El Impacto Social

Uno de los rubros más importantes para medir el impacto social de las políticas neoliberales es lo que se refiere a la educación, sector de la realidad social que los neoliberales dicen estar en condiciones de mejorar substancialmente. Sin embargo, el gasto educativo en América Latina —a lo largo de la economía de mercado— aumentó poco menos de un punto, ya que pasó de 3.2 a 4.2% del Ingreso Nacional Bruto.

Pero este aumento es diferencial, con lo que en algunos casos significó el deterioro severo de algunos segmentos, como es el caso del bachillerato, nivel educativo donde el gasto global pasó de 440.7 a 303.3 dólares por cada estudiante en el lapso de 1980 a 1995. No obstante, la cobertura de este nivel educativo, paradójicamente, aumentó de 42.0 a 59.0% del grupo de edad correspondiente durante el mismo lapso. Es decir, se redujo el gasto, pero se aumentó el número de personas atendidas.

Tampoco en las condiciones de vida y salud de la población el neoliberalismo ha significado gran cosa. La esperanza de vida al nacer, por ejemplo, aumentó 8.2 años en el populismo, y solo 5.7 años durante el neoliberalismo. La mortalidad infantil al nacer, por su parte, disminuyó -32.4 puntos por mil en el primer lapso y -31.8 puntos en la economía de mercado. La tasa bruta de mortalidad fue reducida -3.8 puntos durante el primer periodo y solo -1.7 puntos por mil en el segundo.

Respecto a los recursos materiales y humanos para la salud, de igual forma, ha habido un cambio significativo, al disminuir las camas censables por cada mil habitantes de 3.0 a 2.3 entre ambos periodos. En contraste los médicos por cada mil Habitantes se duplicaron al pasar de 0.6 a 1.3 en el mismo lapso.

Por otro lado, según las cifras del Banco Mundial, en los últimos años el proceso de concentración del ingreso ha sido brutal, al punto que Latinoamérica es una región

donde el 10% más pobre alcanza escasamente 1% del ingreso total, mientras que el 10% más rico concentra cerca del 50% de dicho ingreso.

Como podrá observarse de los dos apartados anteriores, los resultados del modelo neoliberal no han sido coincidentes con sus cálculos, en virtud de que las cifras indican que la mayor parte de los indicadores no evolucionaron de la manera prevista.

En efecto, la riqueza no se produjo en la magnitud ni con la velocidad que ellos prometieron; la inflación no se detuvo; las devaluaciones no pararon: el ahorro no aumentó; y la deuda externa no se redujo.

Lo que sí aumentó substancialmente fue la pobreza, el desempleo, la inseguridad, el deterioro de los servicios de salud, la corrupción, el autoritarismo, la concentración del ingreso, y la exclusión social. En una palabra. La desigualdad social en América Latina es directamente proporcional a la aplicación de este modelo.

No obstante, más allá de todo lo anterior, lo realmente importante es reflexionar, desde y por la sociología, cuales han sido las circunstancias a partir de las cuales esta cosmogonía se ha convertido en el paradigma hegemónico del mundo occidental en el último cuarto de siglo, y que perspectivas hay a futuro para nuestro subcontinente.

El Neoliberalismo en perspectiva

La teoría neoliberal es un conjunto de afirmaciones diversas que, si bien formalmente no todas tienen que ver directamente con la constitución de una teoría económica, lo cierto es que sirven —a su manera— para darle sustento.

La primera de ellas, de inspiración aristotélica, es el supuesto de que la historia del comportamiento económico es susceptible de reducirse a un modelo teleológico de funcionamiento, donde todos los sucesos del pasado son el antecedente necesario que desemboca en la supuesta necesidad incuestionable de una organización económica de libre mercado.

Para lograrlo, intentan sintetizar la historia humana a un modelo donde el sujeto es un individuo cuyo interés único es acumular bienes y capital por sí mismos —sin otra finalidad aparente— despojado de cualquier tipo de sentimiento de trascendencia, solidaridad hacia otros seres humanos, lealtad al grupo que lo vio nacer, piedad hacia la desgracia ajena, o preocupación hacia las carencias de otros.

No conformes con ello, estigmatizan cualquier asomo de este tipo de demostraciones como patologías sociales o individual —nocivas por tanto para el buen funcionamiento de las modernas sociedades— y le niegan el derecho a existir a cualquier persona, grupo o sociedad inspirados en ideas de este tipo.

Para los liberales, las únicas ideas a tomar en cuenta son aquellas que se encuentran dentro de su mismo esquema, y no disimulan su preferencia por los regímenes autoritarios que pueden instrumentarlas sin tropiezos, bajo el entendido de que el asesinato de opositores, o el genocidio mismo, no representa obstáculo alguno. Incluso,

desconfían de la democracia —sistema de gobierno que según ellos es subproducto de la libertad de mercado— ya que las masas o los políticos, al calor de la lucha electoral, podrían impulsar políticas económicas contrarias a la libertad de mercado y hasta ser aceptadas por la mayor parte de la población.

Así visto, el modelo neoliberal parte de la idea axiomática de que la organización económica, y la economía misma, se fundan en sentimientos individuales que ellos suponen venerables para todos: la codicia y la avaricia. Peor aún, identifican estas dos características con la razón, en virtud de suponer que actuar sin esos dos acicates es contrario a la inteligencia, y hasta están convencidos que el sistema económico derivado de ello no sólo es deseable, sino ineluctable

Es más, sin dudas al respecto, afirman que la evolución, la civilización y el progreso sólo son explicables y posibles en el marco de una economía de mercado, y que alejarse de ella supone un freno a la innovación y la modernización, sumiendo en una época de oscurantismo medieval a quien prescinda de ella.

La propiedad privada de los medios de producción se erige, por ende, en la categoría ontológica por excelencia para el pensamiento neoliberal, motivo por el cual los individuos, grupos, sociedad, Estado y derecho, deben alinearse y estar al servicio de su preservación y funcionamiento. Y no sólo eso, sino que los empresarios, grupo que detenta ese tipo de propiedad, se revela para los neoliberales como los verdaderos soberanos —alrededor de cuyos intereses debe moldearse la sociedad toda— y crisol de todas las virtudes susceptibles de encontrarse en el género humano.

Derivado de ello hacen tabla rasa de la historia humana, identificando lo estatal como perverso, corrupto e ineficiente, y a lo privado como impoluto, productivo y eficaz. De ahí que busquen circunscribir la acción del Estado al aseguramiento de la propiedad, la aplicación de la legalidad, la dotación de seguridad, y la protección en contra de las agresiones internas y externas, negándole cualquier intervención en la economía, excepto la recaudación de impuestos.

La ganancia privada por ende —la de los consorcios privados, por supuesto— se erige así en supremo cartabón que mide todas y cada una de las actividades, incluida la existencia de las personas, y en donde lo útil se instituye como el máximo rasero.

Pero, a buen resguardo se tiene difundirlo, utilidad en este mundo neoliberal sólo significa cualquier actividad, don o posesión que produce más ganancias a los que siempre han detentado la ganancia.

Por ello, la sociedad de libre mercado ha procurado deshacerse o asfixiar todo aquello que no le es útil, empezando por la educación, salud y seguridad social públicas, víctimas primeras de estos afanes destructivos de lo estatal.

Privatizar todo a toda costa es la consigna, y pasar por encima de todo y todos —incluso las leyes— el método.

Oponerse es inútil, repiten con machacona insistencia, porque la economía de mercado es inexorable e inapelable. Asistamos gozosos, nos invitan, a ver el gran festín donde unos cuantos se reparten el mundo entero, y en donde un teclazo de computadora puede

significar la literal muerte de millones de personas, ya que sus puestos de trabajo han sido cancelados.

La reingeniería, por ello, se ha convertido en alimento necesario de una sociedad necrofílica que hace subir frenéticamente su bolsa de valores cada vez que millones de seres humanos pierden sus empleos —o mueren calcinados por los bombazos de un oligofrénico gobernante norteamericano— porque todo ello significa ganancias.

Sin embargo, de tanto repetirlo, millones de personas y sociedades enteras están sinceramente convencidas de que les espera un futuro mejor si se esmeran y trabajan con ahínco. No obstante, el gran problema es que no hay trabajo, ni futuro posible, porque el nuevo sistema económico se funda en la pérdida del empleo y el deterioro de las condiciones laborales de quienes sí lo tienen.

Y si no ha habido grandes explosiones sociales, pese al gran desastre social y humano que implica esta sociedad de la exclusión, quizá es por que todos suponen que algún día les llegará la abundancia, o están dispuestos a cambiar una existencia modesta o hasta precaria —como en los países ex socialistas— por una verdaderamente miserable.

El mundo unipolar que el fin de la guerra fría nos trajo, es el mundo de la esperanza perdida o de la resignación ingenua ante el fracaso de la Gran Promesa.

Porque si de algo estamos seguros, después de casi un cuarto de siglo de implacable cataláctica, es que los cantos de las sirenas en realidad eran gritos desgarradores de millones de damnificados por la Gran Patraña, y que el cuerno de la abundancia prometido se metamorfoseó finalmente en inmunda cloaca de carencias.

Lo único que ha traído el neoliberalismo en Latinoamérica son cifras satisfactorias para ellos mismos —aún cuando son contrarias a sus propias previsiones— pero acompañadas de ejércitos de personas que pierden empleos, sus salarios disminuyen, tienen menos educación, salud, deben trabajar más, consumen menos, pero deben cantidades crecientes. Los únicos que han sido exitosos en este contexto, por tanto, son los grandes consorcios cuyas ganancias se acrecientan exponencialmente, son intocables, y el mundo todo está a su servicio.

La gran duda, al llegar a este punto es ¿por qué, pese a todo este desastre, la política neoliberal sigue adelante sin gran oposición? ¿hay visos de que puedan las cosas modificarse? Por tanto ¿de verdad es ineluctable la cataláctica? ¿estamos finalmente ante un sistema económico y una cultura de alcances planetarios, punto último de la civilización y del que nada ni nadie, como los neoliberales afirman, se puede salvar?

No lo sabemos, pero sí podemos adelantar la hipótesis de que las interrogantes quizá están mal planteadas desde el inicio, y que existen explicaciones alternas que nos permiten entender más coherentemente el por qué hemos llegados hasta este punto.

La primera de ellas es el reconocimiento propio de que todo el razonamiento de este trabajo fue construido a partir del supuesto que el Estado de Bienestar y el neoliberalismo son realidades distintas, modelos antitéticos que era necesario confrontar con las armas de la razón y el análisis empírico.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que no sea así, y que —como Wallerstein afirma pero no demuestra— en realidad se trata de fases distintas de una misma y única cosa, y que en realidad el neoliberalismo está en operación al término mismo de Segunda Guerra Mundial, y que el llamado *Welfare State*, como tal, jamás existió ya que es una variante del pensamiento liberal.

Si aceptáramos esta posibilidad, entonces fenómenos como la constitución del FMI, del Banco Mundial y de la Unión Europea —que se fundaron justamente en la época del Estado de Bienestar— se revelan como un esfuerzo consistente y de largo plazo que sirvió, desde el inicio, para la constitución de este modelo económico que hoy suponemos emergente.

Y si aceptáramos esta posibilidad, entonces el lapso que va de 1945 a 1980 —en dimensión histórica— quizá sólo sirvió para sentar las bases que permitieran quebrar el fundamento mismo del único modelo alternativo de sociedad que podía disputarle al capitalismo la hegemonía mundial.

Porque —no es ocioso recordarlo— el modelo socialista, al igual que el *Welfare State*, se construyó bajo la promesa de un crecimiento inusitado de la producción, pero con equitativa distribución del ingreso y, por ende, una vida mejor.

Y ambos modelos de sociedad, de alguna manera, lo lograron, ya que los dos mejoraron notablemente el nivel de vida de sus pueblos. Sin embargo, la manera en que lo hicieron fue sustancialmente diferente. Mientras que el socialismo redujo sustancialmente los niveles altos y medios, pero subió los estratos bajos, el keynesianismo creó una gran clase media con notables comodidades, sin disminuir los niveles altos y bajos.

Ello —aunado con la ilusión de la libertad que los propios liberales inventaron— tal vez generó el convencimiento de la superioridad de la organización capitalista, y de alguna manera fue el catalizador que terminó cavando la tumba del socialismo.

Quizá lo que sucedió fue que —una vez obtenido el propósito de desplazar de las conciencias colectivas la posibilidad de un mundo mejor con una economía centralmente planificada— el capitalismo dejó de lado el pudoroso mecanismo de redistribución del ingreso para aplicar de lleno el modelo salvaje y expoliador de acumulación y concentración de capital que a la fecha existe.

Tal vez ésa es la explicación del por qué —más que nada— el nuevo modelo de sociedad se aboca sistemáticamente no tanto a la reducción del circulante a través del adelgazamiento del Estado como reza su propaganda, sino con la disminución brutal e implacable del ingreso real de miles de millones de personas. Porque es meridianamente claro que esa, y no otra, es la única variable que mantiene constante y sostenidamente su descenso.

Es decir, si aceptáramos la hipótesis de Wallerstein y sin ánimos de caer en la teoría de la conspiración, tendríamos que suponer que la sociedad capitalista es solo una, y que lo que conocemos como *Welfare State* es sólo una necesidad técnica, instrumental y pasajera del pensamiento liberal que, por un lado, sentó las bases de desarrollo y acumulación posterior, pero por el otro fue el medio eficaz para hacer de lado al único modelo que le podía disputar la hegemonía.

Y no sólo eso, sino que, ya sin oposición visible, quizá podríamos que adelantar la conjetura de que el camino a seguir —al menos formalmente— es la instauración una sociedad plutocrática que garantice el funcionamiento del modelo, de ahí el ascenso vertiginoso de la derecha y el conservadurismo en todo el mundo, incluso en los partidos que se dicen de izquierda.

Por tanto, si todo esto fuese cierto, no es que el neoliberalismo funcione mal, ni que los indicadores de este trabajo demuestren la obsolescencia del modelo, sino que, por el contrario, funciona a la perfección en la medida en que la pobreza aumenta, el ingreso se concentra, y el bienestar de las mayorías disminuye. Ése, y no otro, es el objetivo y consecuencia lógica de las políticas de ajuste estructural por ellos inventadas.

Pero, más allá de este brevísimo ejercicio conjetural, que podría rayar en mera especulación histórica, lo cierto es que el modelo ha desatado fuerzas insospechadas que ni siquiera calculó.

La primera de ellas es la repentina reivindicación —incluso por la vía de las armas— de identidades y culturas locales y regionales, en contraposición a los criterios nacionales impuestos, mal que bien, durante décadas de gobiernos socialistas y capitalistas. Consecuencia de ello, hay un intenso proceso de diferenciación social y adopción de identidades ancestrales en los países no occidentales, que ciertamente no concuerdan con las predicciones marcusianas de la sociedad unidimensional o las visiones de McLuhan de la Aldea Global. A la par hay un auge del pensamiento conservador en los países desarrollados —un cristianismo mesiánico en sentido estricto— que avanza implacablemente en las esferas del poder en los países en los que opera.

Un segundo proceso es la creciente oposición al modelo neoliberal, y que no necesariamente se ha traducido en el desmantelamiento de sus bases. Oposición a veces inconexa, irreflexiva, y en muchos aspectos de rabia contenida, que puede generar estallidos sociales incontrolados, como los sucesos de Argentina, o el ascenso emergente al poder de clowns o dictadores de opereta que muy probablemente incendien o terminen de hundir a sus países, como Hugo Chávez de Venezuela, Vicente Fox de México o Álvaro Uribe de Colombia.

Un tercer proceso, evidente sobre todo con la invasión de Irak por parte de tropas de Estados Unidos e Inglaterra, es el incremento inusitado de los apetitos imperiales de los norteamericanos, quienes no han vacilado en recurrir a los métodos más deleznable para justificar sus ataques, y que amenazan con proseguir al menor pretexto con la finalidad última de apoderarse de los recursos naturales o posiciones geopolíticas estratégicas.

Las tres tendencias desatadas por los neoliberales —el fundamentalismo, la demagogia y el neocolonialismo— amenazan con sumirnos en una conflagración mundial, o cancelar de plano la viabilidad de muchos de nuestros países.

Sin embargo, a pesar de estos barruntos de desastre planetario, quizá debiéramos pensar —al igual que Popper— que la sociedad siempre encontrará nuevos caminos en la resolución de sus problemas, a través del ensayo y error, en una búsqueda sin término.

Pero para hacerlo, se requiere del reconocimiento colectivo que existe un problema —entendido como algo que necesita explicarse— y el deseo de querer cambiarlo a través de modificar aquello que lo hizo posible.

En ambos casos se involucra la voluntad humana —factor que es absolutamente impredecible e independiente de cualquier deseo o especulación individual— por lo que el futuro de la sociedad neoliberal no es susceptible preverse, ni siquiera de imaginarse a largo plazo. Lo único cierto es que el género humano encontrará nuevos rumbos, acordes con la conciencia colectiva, insospechados siempre para cualquier reflexión, incluso las científicas.

Impacto Económico y Social del Neoliberalismo en América Latina			
	<i>Unidades</i>	<i>Populismo (1960-1974)</i>	<i>Neoliberalismo (1980-2000)</i>
Producto Nacional Bruto	Incremento promedio anual	5.20	2.80
Participación en el PNB Mundial	Puntos porcentuales	0.50	-0.73
Crecimiento Real del PNB	Incremento promedio anual	3.20	0.40
PNB Per Cápita	Porcentaje	53.50	28.30
Valor Agregado en la Industria 1980-1997	Puntos del PNB		-7.20
Crecimiento de la Formación Bruta de Capital	Promedio anual		1.15
Participación en el Total Mundial de la Formación Bruta de Capital	Puntos porcentuales	0.48	-2.02
Participación de la Formación Bruta de Capital en el PNB	Puntos porcentuales	3.70	-4.00
Consumo de Capital Fijo	Puntos porcentuales		1.40
Crecimiento y Participación en el Total Mundial de Exportaciones	Puntos porcentuales	-1.28	0.99
Participación de las Exportaciones en el PNB	Puntos del PNB	1.20	4.10
Crecimiento y Participación de las Importaciones en el Total Mundial	Puntos porcentuales	-0.50	-0.20
Importaciones, saldo respecto de las exportaciones	Miles de millones de dólares	-28.60	27.10
Gasto en Consumo Final	Puntos del PNB	-1.30	4.70
Gasto en Consumo Final del Gobierno	Incremento promedio anual	4.90	2.30
Gasto en Consumo Final Doméstico Per Cápita	Porcentaje	53.20	13.70
Índice de Precios al Consumidor	Porcentaje	188.00	3,185.50
Deuda Externa	Miles de millones de dólares		De 257.2 a 774.4
Deuda Externa Per Cápita	Dólares		De 498.7 a 1,501.6
Deuda de Largo Plazo	Miles de millones de dólares		De 187.3 a 353.4
Gasto en Educación	Porcentaje del INB		De 3.2 a 4.2
Gasto en Educación Bachillerato	Dólares		De 440.7 a 303.3
Cobertura Educativa por Nivel	Porcentaje		De 42.0 a 59.0
Esperanza de Vida al Nacer	Incremento en años	8.20	5.70
Mortalidad Infantil al Nacer	Diferencial en tasa por mil	-32.40	-31.80
Tasa Bruta de Mortalidad	Diferencial en tasa por mil	-3.80	-1.70
Camas Censables por cada Mil Habitantes	Camas	3.00	2.30
Médicos por cada Mil Habtantes	Médicos	0.60	1.30
Tasa de Dependencia	Diferencial de tasa por empleado	-0.10	-0.20
Artículos Científicos Publicados	Porcentaje del total mundial		De 1.30 a 1.97

Fuente: Elaboración propia a partir de World Bank, 2002: *World Development Indicators 2002*, Washington: World Bank

